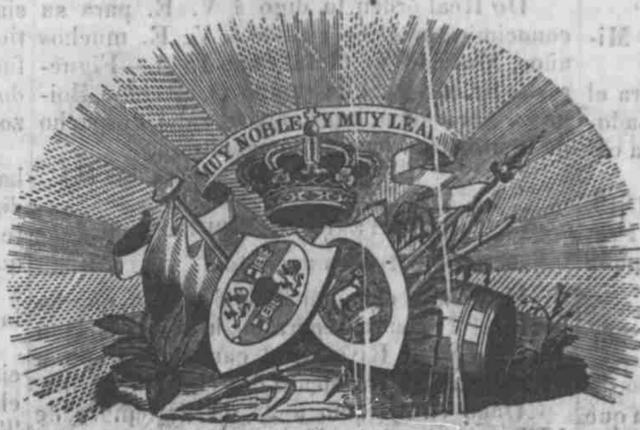


ESTE PERIODICO

SE PUBLICA TODOS LOS MARTES,
JUEVES Y SABADOS.



SE SUSCRIBE

EN LA IMPRENTA DEL GOBIERNO,
CALLE DE LA FORTALEZA N.º 21.

GACETA DEL

GOBIERNO

DE PUERTO-RICO.

ESPAÑA.

MINISTERIO DE MARINA.

Comandancia jeneral de la division de operaciones del Mediterráneo.—Excmo. Sr.—El Excmo. Sr. jeneral en jefe del ejército expedicionario en los Estados Pontificios, con fecha 24 del presente, me dice lo que copio: “El Excmo. Sr. Embajador de S. M. cerca del rey de las Dos Sicilias, con fecha 21 del actual, me dice desde Nápoles lo que sigue: “Excmo. Sr.: He recibido la atenta comunicacion de V. E. de fecha de ayer, en que, justamente mortificado con las calumnias que contra el comportamiento en Italia de las tropas españolas de su digno mando han publicado malignamente los diarios de Florencia, copiado con harta lijereza los de Paris, y reproducido acaso con deplorable inconsideracion algunos de Madrid, se sirve reclamar de mí, como el representante de la Reina nuestra Señora y de la nacion española en esta córte, las noticias, que no solo como tal, sino tambien como particular, pueden haberme llegado de los supuestos excesos del cuerpo expedicionario. “Y aplaudiendo sobremanera el deseo vehemente que V. E. me manifiesta de volver por la honra de sus brillantes tropas, vulnerada con tan miserables calumnias, creo de mi deber asegurar á V. E. que mientras la division permaneció en el territorio napolitano, admirando á todos con su disciplina é instruccion, he tenido la satisfaccion de oír, no solamente

á S. M. el Rey de las Dos Sicilias, á sus ministros, á sus jenerales y á todo el cuerpo diplomático extranjero, sino tambien en boca de personas de todas clases y condiciones, los mas lisonjeros elogios á la disciplina, brillantez y moderacion de los soldados, á la cortesania de los oficiales y jefes, y á la circunspeccion de los jenerales, sin que en el tiempo que la division expedicionaria descansó en Gaeta, ni en el de su tránsito para la frontera romana haya llegado á mí la menor reclamacion, ni mas que noticias muy gratas del comportamiento y jenerosidad de nuestros soldados. Y debo añadir para satisfaccion de V. E. que desde que entró á obrar con la division de su mando en los Estados Pontificios, he tenido el gusto de ver constantemente partes de los gonfaloneros y autoridades elogiando la disciplina de las tropas, y cartas particulares de varios pudientes de los diferentes pueblos por donde han transitado, haciendo los mayores elogios de ellos; y en una de un personaje muy respetable de Rieti se leian estas notables palabras: “Tropas como las españolas no se ven en el mundo, sino una felicidad para los pueblos, y ojalá permanezcan largo tiempo en nuestro territorio.” “Ademas, las noticias que me dió el jeneral prusiano Willisen, edecan de S. M. el rey de Prusia, que hizo una marcha con V. E., y que volvió entusiasmado de la movilidad de las tropas españolas, fueron las mas honradas para el cuerpo expedicionario. Pudiendo asegurar finalmente á V. E. que las veces que he

tenido la honra de hablar á Su Santidad y á varias de los eminentísimos cardenales, he oído siempre, siempre, los mayores elogios de nuestros soldados, oficiales, jefes y jenerales. “Es cuanto tengo que decir á V. E. en contestacion á su citado oficio. Mas creo obligacion mia no concluir este sin asegurarle que del mismo concepto de que constantemente han gozado y gozan en este pais las tropas españolas, participan justísimamente las fuerzas navales de S. M. que han ocupado el puerto de Gaeta y ahora el de Nápoles, y que cruzan sobre las costas romanas, siendo admiradas por su disciplina y su comportamiento tan esmerado, que segun los partes que continuamente recibo de las autoridades del puerto y de los agentes de policia, ni un solo altercado ha habido en tantos meses entre los marineros españoles y los marineros y paisanos napolitanos, siendo al mismo tiempo en esta ciudad nuestros buques mirados como modelo de órden y de policia. “Es cuanto tengo que comunicar á V. E., y lo hago con particularísima satisfaccion. “Lo que tengo la complacencia de trasladar á U. S. para su conocimiento y demas efectos. “Lo que tengo el honor de trasladar á V. E. para su debido superior conocimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. A bordo de la fragata *Córtes*, en Nápoles 30 de Setiembre de 1849.—Excmo. Sr.—José María de Bustillo.—Excmo. Sr. Ministro de Marina.”

SECCION LITERARIA.

EL PROTESTANTISMO

COMPARADO CON EL CATEOLICISMO

EN SUS RELACIONES CON LA

CIVILIZACION EUROPEA

Por Don Jaime Balmes, Presbítero.

CAPITULO XXXIII.

(Continuacion.)

Es menester no olvidar, que con el cisma de los protestantes no solo se ha impedido la reunion de todos los esfuerzos de Europa para alcanzar el fin indicado, sino que se ha causado además otro mal muy grave, cual es que el Catolicismo no ha podido obrar de una manera regular, aun en los paises donde se ha conservado con predominio, ó principal é exclusivo. Casi siempre ha tenido que mantenerse en actitud de defensa, y así se ha visto precisado á gastar una gran parte de sus recursos en procurarse medios de salvar su existencia propia. Resulta de esto ser muy probable que el órden actual de cosas en Europa es del todo diferente del que hubiera sido en la suposicion contraria, y que tal vez en este último caso no hubiera sido necesario fatigarse en esfuerzos impotentes contra un mal, que segun todas las apariencias ni se imaginan otros medios que los conocidos hasta aquí, es poco menos que incurable. Se me dirá que en tal caso la Iglesia hubiera conservado una autoridad excesiva sobre todo el ramo de bene-

ficiencia, lo que habria sido una limitacion injusta de las facultades del poder civil; pero esto es un error. Porque es falso que la Iglesia pretendiese nada que no estuviese muy de acuerdo con lo que exige el mismo carácter de protectora de todos los desgraciados de que se halla tan dignamente revestida. Verdad es que en ciertos siglos apenas se oye otra voz, ni se ve otra accion que la suya en todo lo tocante al ramo de beneficencia; pero es menester observar que en aquellos siglos estaba muy lejos el poder civil de poseer una administracion ordenada y vigorosa, con que pudiese auxiliar como corresponde á la Iglesia. Tanto dista de haber mediado en esto ninguna ambicion por parte de ella, que antes bien llevada por su zelo sin límites habia cargado sobre sus hombros todo el cuidado así de lo espiritual como de lo temporal, sin reparar en ninguna clase de sacrificios y dispendios. Tres siglos han pasado desde el funesto acontecimiento que lamentamos, y la Europa que durante este tiempo ha estado sujeta en buena parte á la influencia del Protestantismo, no ha dado un solo paso mas allá de lo que estaba ya hecho antes de aquella época. No puedo creer que si estos tres siglos hubiesen corrido bajo la influencia exclusiva del Catolicismo, no hubiese brotado de su seno alguna invencion caritativa, que hubiese elevado los sistemas de beneficencia á toda la altura reclamada por la complicacion de los nuevos intereses. Echando una ojeada sobre los varios sistemas que fermentan en el espíritu de los que se ocupan de esta cuestion gravísima, figura la asociacion bajo una ú otra forma. Cabalmente este ha sido siempre uno de los principios favoritos del Catolicismo, el cual así como proclama la unidad en la fe, así proclama tambien la union en todo. Pero hay la diferencia, que muchas de las asociaciones que se conciben y plantean no son mas que aglomeracion de intereses, faltándoles la union de voluntades, la unidad de fe, circunstancias que no se encuentran sino por medio de la caridad cristiana; y no obstante son necesarias estas circunstancias para llevar á cabo las grandes obras de beneficencia, si en ellas se ha de encontrar algo mas que una medida de administracion pública. Esta administracion de poco sirve cuando no es

vigorosa; y desgraciadamente, cuando alcanza este vigor, su accion se resiente un poco de la dureza y tirantex de los resortes. Por esto se necesita la caridad cristiana, que filtrándose por todas partes á manera de bálsamo, suavice lo que tenga de duro la accion del hombre. ¿Ay de los desgraciados que no reciban el socorro en sus necesidades, sino por medio de la administracion civil, sin intervencion de la caridad cristiana! En las relaciones que se darán al público la filantropía ejercerá los cuidados que prodiga al infortunio, pero en la realidad las cosas pasarán de otra manera. El amor de nuestros hermanos, si no está fundado en principios religiosos, es tan abundante de palabras como escaso de obras. La vista del pobre, del enfermo, del anciano desvalido, es demasiado desagradable para que podamos soportarla por mucho tiempo, cuando no nos obligan á ello muy poderosos motivos. ¿Cuánto menos se puede esperar que los cuidados penosos, humillantes, de todas horas, que reclama el socorro de esos infelices, puedan ser sostenidos cual conviene por un vago sentimiento de humanidad? No, donde falte la caridad cristiana podrá haber puntualidad, exactitud, todo lo que se quiera de parte de los asalariados para servir, si el establecimiento está sujeto á una buena administracion; pero faltará una cosa que con nada se suple, que no se paga, el amor. Mas se nos dirá, ¿no tenéis fe en la filantropía? No: porque como ha dicho Chateaubriand, la filantropía es la moneda falsa de la caridad. Muy razonable era pues que la Iglesia tuviese una intervencion directa en todos los ramos de beneficencia, pues que ella era quien debia saber mejor que nadie el modo de hacer obrar la caridad cristiana, aplicándola á todo linaje de necesidades y miserias. No era esto satisfacer la ambicion, sino dar pábulo al zelo; no era reclamar un privilegio, sino hacer valer un derecho. Por lo demás, si os empeñáis en apellidar ambicion este deseo, al menos no podréis negarnos que es una ambicion de nueva clase, una ambicion bien digna de gloria y prez, la de reclamar el privilegio de socorrer y consolar el infortunio. CAPITULO XXXIV. La cuestion sobre la suavidad de costumbres, si toda